

# CARTA A ENRIQUE VALDIVIESO

Por JOAQUÍN CARO ROMERO

Poema leído en la Junta Ordinaria del 16 de abril de 2021,  
fecha del 270 aniversario de la fundación de la Academia.

En el solemne  
salón de actos todo está dispuesto,  
no para un decorado de Luchino Visconti,  
con mitras, capas pluviales,  
encomiendas, medallas,  
pertrechos y abalorios de opereta,  
ángeles lampadarios e incienso merovingio,  
sino para una asamblea  
de honores reglamentarios,  
donde un tribuno,  
persuasivo, sapiente y moderado,  
pone el epílogo.

En Los Pinelo,  
los próceres de ayer desde sus cuadros  
escuchan circunspectos  
las homilias de los académicos,  
sacerdotes impuros de Minerva.

Buen marco para hablar de Sagradas Escrituras.

Qué seductor desfile  
de desnudos paradisiacos  
en la alfombra escarlata,  
en la penumbra de la pasarela  
del proyector de diapositivas.

Del árbol prohibido cuelga el fruto  
del “Erótika Biblion”,  
que el conde  
de Mirabeau compuso  
durante su fecundo cautiverio,  
pieza maldita del tesoro  
que da valor de infierno  
a la biblioteca.

Yo creo, Enrique, que la Biblia,  
con sus versículos  
de aberraciones primitivas,  
la inventó Borges  
antes de reencarnarse  
en el bardo enigmático  
que diseñó su propia tumba:  
una nave vikinga de vela desplegada  
y con la proa hacia el este  
en una piedra inmóvil de Ginebra,  
siete guerreros con espadas rotas  
y un epígrafe  
de la Völsunga Saga, su secreto.  
Islandia y el Gran Mar.

El tiempo  
me ha convertido  
en un producto del escepticismo.  
No soy judío,  
ni musulmán,  
fui un griego  
que estuvo en Queronea.



fuera de la ley,  
que relinchó con Rocinante  
exiliado en el Sinaí,  
y con el viejo violín roto grita  
con su lengua de fuego:  
“No me contéis más cuentos”.

Qué jubileo  
de heroínas fatales y divas incendiarias  
para un auto de fe con la aquiescencia  
del anciano demonio  
que escapó de un papiro,  
condecorado  
por la ficción  
de una concupiscencia inexistente,  
sin equipaje de depravaciones  
para un mosaico de salacidad.

Doctoras del placer tiene la Biblia  
y hasta del arte de matar,  
fetiches teológicos,  
lindas rapaces, crueles, belicosas,  
taimadas, sibilinas,  
inocentes, versátiles, ninfómanas,  
rabisalseras, brujas, transgresoras,  
ambiciosas, sinuosas y tontas,  
musas de la primera y de la última sangre,  
émulas de la gracia y la desgracia,  
pasto de perdiciones  
en miscelánea de labios y cinturas  
para un delirio de promiscuidad.

Judit, Tomiris, Salomé,  
tan aficionadas a cortar cabezas;  
otras,  
a sacar los ojos, como aquella  
despechada reina de Halicarnaso  
que luchó en Salamina;



en cenobio, en castillo, en salón de subasta,  
en alcoba  
del nuncio apostólico.

Mujeres del solaz testamentario,  
hoy ya bocetos de fantasmas  
y cicloramas de anatomías rupestres.  
Nunca sabremos  
qué hirsutas semidiosas,  
en la tabla, en el lienzo, en el mural,  
habría ganado,  
en el año del viñedo del Señor de 1930,  
el primer premio del concurso  
de axilas sin depilar,  
del que fue exégeta y beneficiario  
el guanche surrealista Agustín Espinosa,  
para envidia y protesta de Curzio Malaparte.

Como hijos  
de Pigmalión  
tenemos facultad reparadora  
de ausencias y desengaños,  
recreando el modelo en el taller  
experimental y sensitivo de las idealizaciones,  
mientras el tiempo,  
deshojador de plenitudes,  
se burla de nosotros.

El drama tiene límite.  
Quienes sobreviven al dolor,  
los curtidos por la duda  
y los extenuados por el distanciamiento,  
pueden remover la tierra  
sin esperanza en los Campos Elíseos.  
Si el todo entra en la nada,  
la inmortalidad se queda  
en la desmemoria del anonimato,  
en el esqueleto de un caballete,

en la dimensión de un cuadro,  
en la metamorfosis de un color,  
en el refugio de la indiferencia.

El pintor disidente,  
libre de admoniciones,  
sin sucumbir  
en la pragmática sanción, pregunta:  
“Sin crédito celeste, ¿qué me queda?”  
Y el índice de un techo clandestino  
de estalactitas  
le descubre:  
“La que llevas contigo, la Pintura”.

Sólo existe el pasado en el presente.  
De aquellas mujeres quedaron sus nombres  
y la historia acabó en literatura,  
en epítome artístico, en arresto  
institucional.  
Los espejos borrosos de sus huellas  
se perdieron  
por Israel, Egipto, Babilonia;  
la fe, por el Mar Muerto.

Sin haber compartido sus camas de marfil,  
perfumadas con mirra, áloe y canela,  
hoy las reconocemos  
en la gravitación de la pintura,  
un gozo visual abierto al sueño,  
memoria herida,  
catálogo de espuma, claroscuro,  
proporción, arabesco,  
revocadura de las frustraciones,  
naturaleza muerta, diorama,  
orilla de ceniza donde nada  
ni nadie nos espera,  
cancelación de voluptuosidades  
sin lauro en el Walhalla.

Dejaremos la Biblia en el altar.

La tarde es corta, Enrique, ya no sirve  
el cuadrante solar,  
y hay que invadir la noche aboliendo la sombra.

Volveremos mañana,  
pero estará cerrado el paraíso.